

»Mas Guéjar no es el fin que se pretende
Conseguir de tan ásperas cuestiones,
Ni patria generosa que se ofende
De recibir extraños escuadrones;
La sierra que entre riscos nos defiende,
Y ofrece aventajadas ocasiones,
Es madre de nosotros amorosa,
Madrastro de cristianos rigurosa.

»No debe el peregrino caminante
Servirse del estar en las posadas
Mas que para poder ir adelante,
Prosiguiendo por orden sus jornadas;
Y sería un error exorbitante
Perder en ellas horas mal gastadas,
Mejorando la fabrica de asiento;
Cosa tan diferente de su intento.

»Así, nosotros caminar debemos,
Tras de una vida alegre y descansada;
Lugares de camino ocuparemos,
Segun parezca cosa acertada,
Sin que á los defender nos obliguemos
Si tenellos en pie no nos agrada;
Nuestros brazos y fe, severo Abdalla,
Son tus mas firmes torres y muralla.

»Dellos pues, como siempre, te confía,
Y venga si quisiere toda Hesperia;
Que ya no tardará la Berberia,
Instrumento fatal de su miseria;
Tus hados buenos abrirán la via
Para tener dispuesta la materia,
Y el principe de turcos poderoso
No entienda que estará después ocioso.

»Demos tiempo al socorro que se espera,
Usando ardidés, maña y diversiones,
Pues, como dicen, tras tormenta fiera
Suelen sobrevenir calmas sazones;
Y si en el conservar tu fama entera
Tal eficacia de presente pones,
Almuneçar asalta y Salobreña,
Siguiendo el norte que fortuna enseña.»

Tal fué la conclusion del parlamento
Que en su disculpa hizo el otomano.
Abenabo, después de estarle atento,
Templó la furia del enojo insano,
Y hizo gran instancia y fundamento
En que otro día, cuando al Oceano
Bajase el sol, su gente repartida
Hiciese á un mismo tiempo arremetida.

Con armas, con escalas y braveza,
Contra los dos lugares referidos,
Las horas terminando su presteza,
Volaron tras los siglos fenecidos.
Ya el aire estaba lleno de tristeza
Segunda vez, y el sueño los sentidos
De la gente que entonces paz gozaba,
Con olvido profundo recreaba.

Del breve cerco el tardo carro habia
Hecho la cuarta parte del camino,
Después que la tiniebla oscura y fria
Cimó nuestro horizonte cristalino;
La noche del zenit ya poseia
Lo sumo con su manto alabastrino,
Cuando los escuadrones descreídos,
Marchando, al hecho van apercebidos.

A un mismo punto por diversos lados
Los dos fuertes lugares acometen;
Unos con tiros recios salitrados
Balas de ardiente plomo dentro meten,
Otros hasta los muros torreados
Con escalas nudosas arremeten;
Todo con una priesa incomparable
Y vocería bárbara espantable.

Mas ni el pavor que el aire ciego ofrece,
Ni el horror del asalto no sabido,
Ni el numero contrario que parece,
Aunque es grande, mayor en el ruido,
Los ánimos perturba ni enflaquece
Del un lugar ni el otro, guarnecido
De gente valerosa y escogida,
Que precia mas la honra que la vida.

Tal, en efecto, fué la resistencia
Y la virtud de los que dentro estaban,
Que la furia, el ardid y la insolencia
A los de fuera á mas andar faltaban,
Y ya de la difícil competencia,
Mudando parecer, se retiraban,
Dejando de su sangre junto al muro
Regado en largo trecho el suelo duro.

La fama con el buen suceso vuela,
Y no es admiracion tan grande oílo,
Porque don Lope está de Valenzuela
En Almuneçar puesto por caudillo,
Que de prudencia clara es viva escuela,
De vida justa y de ánimo sencillo;
Y así, Baeza, rica de soldados,
Le cuenta entre los hijos mas honrados.

En Salobreña pues alcaide fuerte
Es don Diego Ramirez, que famoso
Le hizo la razon, y no la suerte,
Pues fué en todos sus hechos valeroso;
Nadie temió jamás menos la muerte,
Ni tuvo mas en fil el punto honroso.
Por una espada y capa fué estimado,
Como si poseyera un grande estado.

Mas, declinando ya su edad anciana,
Y no menguando en su altiveza el brio,
Violó la paz tranquila cortesana,
Muriendo en aplazado desafío.
¡Oh poco cierta bienandanza humana,
Sujeta á otro mas alto poderio!
¿Quién funda en tí seguras esperanzas,
Siendo mar combatido de mudanzas?

CANTO XVI.

El señor don Juan llega con su ejército á Baza, y pone cerco sobre Galera, donde los enemigos estaban muy fuertes. Suceden en los asaltos extraños acontecimientos, hasta que al fin se entra á viva fuerza. Entre tanto el de Sesa corre con su ejército por toda la Alpujarra, provocando á batalla á Abenabo.

La agudeza del vulgo, mal discreta,
Los graves casos juzga desde fuera
Con una inteligencia no perfecta,
Segun es lo que teme ó lo que espera;
No admite la razon ni se sujeta
A la doctrina firme y verdadera;
Su furia y su desden es implacable,
Su rigor crudo, su odio inexorable.

Grande es su confusion y su barbaria,
Por ser compuesta en fin de muchedumbre;
Mudar su condicion extraordinaria
No puede el mismo tiempo y su costumbre;
Su esquivia indignacion mas es contraria
A los que ve subidos en la cumbre,
Como es mayor del viento la violencia
En la mayor altura y eminencia.

Y aunque dicen que el vulgo es adivino
Y que da muchas veces en lo cierto,
Mucho mas propio le es el desatino,
Siguiendo á rienda suelta el desconcierto;
En las cosas del reino granadino
Hallaba este enemigo campo abierto,
Y á sus lenguas materia, aunque infinitas,
De varias novedades esquisitas.

Mas Abenabo, en fin, de las rencillas
Perdido tiempo y gente sin provecho,
Marchó á la sorda mas de nueve millas,
Sin palabra hablar sobre lo hecho;
Ya la aurora sacaba sus mejillas
De las cortinas del hermoso lecho,
Y el moro campo, puesto en la agria sierra,
Se apercebía á la futura guerra.

No está el eunuco de ánimo perdido
Por haber sido los asaltos vanos,
A causa de no habellos emprendido
Con toda la potencia de sus manos,
Ni haberse ciertamente prometido
Ganar aquellos pueblos á cristianos;
Mas solo pretendió tentar el vado,
Y ver si estaba bien ó mal guardado.

Estáballo tan bien como el suceso
Claramente mostró por experiencia;
Mas ya de gente innumerable exceso
Se unía á la agarena turbulencia,
Y hizose el ejército tan grueso
Que libre osó esperar la competencia
De quien la fama en público esparcia
Nuevas que lo alteraban cada día.

Y no eran vanas, porque de hora en hora
Se iba reformando el campo Austrino,
El cual, para extirpar la secta mora
Marchaba á do se halla el Velezino;
Llegó á la que Guadix se llama agora,
Noble ciudad del reino granadino,
Cuyos antiguos hombres adoraron
Al sol, y como á dios le veneraron.

De allí á Baza pasó sin que se ofrezca
Negocio que contar, y finalmente
El candillo arribó á la albana Huesca,
Donde Fajardo estaba con su gente;
No hay lengua ni hay estilo que encarezca
La salva y regocijo que se siente,
Así entre los que asisten á la guerra,
Como los naturales de la tierra.

Solo el de Vélez sale mal contento
A recibir el principe escogido;
Tanto agota á cualquiera el sufrimiento
Venir á obedecer de obedecido;
Mas el de Austria con blando acogimiento,
Habiendo su disgusto presentido,
Saludó y abrazó al Marqués severo,
Diciéndole esto mismo que refiero:

«Marqués ilustre, vuestra fama suena
Atenta con razon á engrandeceros,
De modo que atribuyo á suerte buena
Ofrecerse ocasion de conoceros;
Mi autoridad la vuestra no cereña,
Y así podréis conmigo entreteneros;
Seréis obedecido de mi gente,
Y yo os seré tambien hijo obediente.

«Acatará el valor de vuestras canas
La sazon verde de mis pocos años,
Y hasta en las empresas mas livianas
Me prevaldré de vuestros desengaños.»
El de Vélez responde á las humanas
Ofertas por los términos extraños
Que usó continuo, pero su extrañeza
Llevo por norte siempre la grandeza.

«Yo soy, dice, quien mas he deseado
Conocer de mi rey un tal hermano,
Y soy quien mas ganara en ser soldado
De principe tan alto y soberano;
Mas si respondo como he profesado,
Por término sencillo, breve y llano,
Irme quiero á mi casa, pues no cuadra
A mi anciania el ser cabo de escuadra.»

Como si claramente le dijera:
Por mas señor que tú quieras alzarme,
Ya la absoluta autoridad primera
No puede en tu presencia acompañarme;
Y tanto della va á la que se espera
(Si acaso en tu real quisiere estarme),
Cuanto va de un caudillo de soldados
Al cabo de una escuadra de soldados.

Fué la respuesta para ser notada
De sentenciosa y grave cuanto aguda,
Y el Marqués hizo en breve su jornada;
Que tarde ó nunca de consejo muda;
Estábase Galera aun no ganada,
Y es fuerza que á siñalla el de Austria acuda;
Entra en consejo, y á reconocella
Envia, y fácilmente va sobre ella.

Entre tanto el de Sesa va marchando
A la Alpujarra en busca del tirano
Con un tan numeroso y fuerte bando
Cuanto jamás produjo el reino hispano;
Parte del cual tras sí en plazas dejando,
Iba para hacer el paso llano
A todas las escoltas que partiesen
Desde Granada, y á su campo fuesen.

Dejó en Acequia y en las Albuñuelas
Bastante guarnicion y ardid de guerra;
Las Guájaras armó por las cautelas
De aquella esquiva y montuosa tierra;
Mandó que siempre hubiese centinelas
En los peñones altos de la sierra,
De donde el de Mondéjar con victoria
Los moros expelió, ganando gloria.

Después pasa por Órgiva, su villa,
Y tambien la rehace y fortifica;
Mas no debe tenerse á maravilla
Si tiempo gasta y dilacion aplica;
Porque, entre tanto que á Galera humilla
El de Austria, ya á Seron desedifica;
Tarda para que se entre en una hora
En la Alpujarra y rio de Almanzora.

Mientras el Duque á posta se entretiene
Por la justa ocasion que he referido,
Sobre Galera el cerco puesto tiene
De Carlos Quinto el hijo esclarecido;
Mucha gente al réal de nuevo viene,
Siguiendo su estandarte y su apellido;
Y así, no están las tiendas menos llenas
Que en el florido Mayo las colmenas.

Sería largo cuento y gran fatiga
Hacer reseña expresa de los nombres
De la gente especial que en esta liga
Presentó España, madre ilustre de hombres,
Pues nadie el orden me dará que siga,
En colocar tal suma de renombres,
Que aun solo con nombrar á los primeros
Habria hecho agravio á los postreros.

Menos me detendré especificando
La de los esforzados defensores,
Entre los cuales del morisco bando
Y del turquesco estaban los mejores;
Verase en que el de Vélez porfiando
Gran tiempo con asaltos y furoros,
Con ser prudente y de ánimo constante,
No les hizo mas mella que á un diamante.

Tambien el estar fuertes les comprueba
No haber desamparado el fuerte puesto,
Habiendo prevenidos la nueva
Del ejército grande contrapuesto
Mas ya los hechos vienen á la prueba,
Ya se oye del salitre el son funesto,
Ya el hierro ardiente y plomo escalecido
Rompiendo el aire van con su bramido.

Imprimense los golpes violentos
En el penoso sitio y eminente,
Cuyos profundos y anchos fundamentos
Natura fabricó, no humana gente;
Y así, los moros, de peligro exentos,
Oían el ruido que se siente,
Como desde ventanas y tablados
Los bravos toros suelen ser mirados.

Habia en esta fuerza diamantina
Por la mas alta banda un buen castillo,
De donde el enemigo á la continua
Causaba detrimento no sencillo;
Visto lo cual, su alteza determina
Tratar de arruinarlo y confundillo
Con la terrible industria que bizarro
Nombre de fama dió al conde Navarro.

Ya van los diligentes minadores
Por el profundo seno abriendo via,
No cesando en el campo los furoros
De la profunda y brava bateria;
Después que con afanes y sudores
Les enseñó la cierta geometria
Haber llegado al término prescrito,
Hicieron capaz fosa y circunito.

Y en lugar de la fria y seca tierra
Que del espacio cóncavo sacaron,
Azufrado carbon de muerte y guerra
En cerrados barriles aplicaron;
Un extremo de cuerda el uno encierra,
Y el otro los artífices tiraron
Hasta alguna distancia, donde fuego
Con sutil maña le pegaron luego.

El cual con eficacia penetrando
La materia dispuesta de aquel lino,
Se fué por él adentro alimentando
Hasta el remate, sin torcer camino.
Tocó la inclusa pólvora, y bramando
Ardió, y con terremoto repentino
Salió rompiendo, como si en el mundo
Una boca se abriera del profundo.

La grave tierra rota y compélida
Por los aires voló fuera de quicio;
Voló también la máquina crecida
Del sobrestante muro y edificio,
Y á vueltas del la gente descreída
Que allí asistía al hélico ejercicio,
Cuyos cuerpos, las almas sin consuelo
Despiden antes de volver al suelo.

Están los nuestros á la mira atentos,
Esperando que el humo y polvo pase
Por ver si en los deshechos fundamentos
Habrá por do el pueblo se asaltase;
Mas cuatro bagajeros avarientos,
Sin tiempo dar á que esto se apurase,
Arremetieron con siniestro hado
Al barrancoso sitio y asolado.

La causa fué haber visto entre los muertos
Dos ó tres turcos que escaparon vivos;
Y así, con prestos pies y brazos yertos
Los van á castigar por sus motivos;
Con el ejemplo deslos desconciertos
La vanguardia perdió riendas y estribos,
Y siguiendo la bárbara canalla,
Se comenzó el asalto y la batalla.

Gritan los capitanes ó soldados;
«Tened, tened; que es ciega frenesía
Los muros embestir desordenados
Y sin reconocer la batería.»
Mas ellos de sus pasos mal guiados,
Piensan que desistir es cobardía,
Y al trance horrible van á dar consigo
Despreciando amenazas y castigo.

Insisten los guerreros oficiales
En estorbar con golpes y heridas
Los impetus dañosos y mortales
De aquellas compañías atrevidas;
Mas no con vientos crudos invernales
Las ondas del tridente embravecidas
Tan sordas son y tan inexorables
A los que entre ellas claman miserables,

Como el tumulto atroz inobediente
Contra el sano consejo se mostraba;
El cual, como con lluvias gran torrente,
De punto en punto mas se acrecentaba,
Porque toda la experta y mejor gente,
Visto el estado en que el negocio estaba,
Tiene por menor daño aventurarse,
Por ver si podrá el yerro así enmendarse.

No pasará yo aquí en silencio odioso
Lo que don Sancho obró de Avellaneda,
Pues mereció su esfuerzo poderoso
Que el mundo eterna vida le conceda;
Fierisimo leon, ángel hermoso,
¿Qué fama habrá que á tu valor suceda,
Si no canta tus años juveniles
Aquel divino ensalzador de Aquiles?

Con el denuedo y libre confianza
Que á las aves embiste y perjudica,
Aquella que al sol mira en su pujanza,
Y al fulminante Júpiter se aplica;
Tal por entre las huestes se abalanza
Contra el fuerte, que tiros multiplica,
El capitán ilustre, y hace tanto,
Que es maravilla aquí, y allí espanto.

Su ejemplo los amigos incitaba
Al último peligro y valentía,
Y á la morisma pérdida obligaba
A sentir el destrozo que hacia;
Y así, hácia la parte que él estaba
Gran número en defensa se ponía;
Como á la que del cuerpo es ofendida,
Acude el rojo humor que nos da vida.

Gran parte del ejército apiñado
Sobre el destrozo que dejó la mina
Estaba, pero fué un peñón tajado
Por donde quien no es ave no camina;
Viase sobre el sitio aventajado
Puesta en arma la gente sarracina,
A su salvo haciendo en los cristianos
Ultrajes perniciosos inhumanos.

Sembraban espantosas ruciadas,
De balas y de flechas poderío,
Y sin poner las miras apuntadas
No pueden arma echar que dé en vacío;
Lanzan piedras, que vuelan, de pesadas,
Buscando el centro, y dan con fuerza y brío
Sobre frágiles hombros y cabezas,
Que hace su violencia muchas piezas.

En tanta confusión ¿qué hacer debe
Aquel pecho real del hijo austrino?
Pues no hay pasar palabra que no lleve
El viento en vano y fuera de camino,
No hay medio en tal extremo que no pruebe
Con su deliberar pronto y divino;
Mas la desórden, voces y el aprieto
Cierran el paso á todo buen efecto.

Ya que el Príncipe insigne ve á la clara
El trance esquivo, arrisca su persona,
Y por tener los suyos á la cara,
Trabajo ni peligro no perdona,
Entre ellos yendo; pero no repara
Por esto el furor ciego de Belona,
Porque los que ante sí pasar le vian,
Con denuedo mayor arremetían.

En fin se atribuló el conflicto tanto,
Que no se halla en él parte segura,
Pues una bala con horror y espanto
Cortando el aire, vuela y se apresura,
Y llega á parte que en eterno llanto
Pusiera á España, si de la armadura
El fuerte temple al invencible pecho
No reservara del cruel estrecho.

No hizo el de Austria dello sentimiento
Ni del peto miró la batería;
Solo en llegarse al muro lleva intento,
Lleno de confianza y gallardía;
Su buen ayo, que del solo un momento
No hace ausencia, y mas en aquel día,
Con una alteracion grave y modesta
Desta suerte le dice y amonesta:

«Dime, Señor, ¿por cuál siniestro hado
El lugar renunciaste de caudillo?
Por seguir el oficio de soldado
Sin la sazón ni el tiempo requerillo?
Refrena ya ese orgullo acelerado,
Pues Dios mismo te manda reprimillo,
Con esa bala que permitir quiso
Que saliese al camino á darte aviso.»

«No es tan ardua la empresa de Galera,
Que sea digna del riesgo de tu vida;
Guarda el decoro, pues, detente afuera,
Conserva tu persona esclarecida;
Cumple al Rey, mi señor, la verdadera
Esperanza que tiene concebida
De ti, que has de templar como prudente
Tu bravo corazón y pecho ardiente.»

La grave habla del varón severo
En el ánimo fácil generoso
Hizo impresion; y así, al lugar primero
Asistió el nuevo Marte valeroso;
Y cerca de sí viendo un caballero,
Capitán conocido y belicoso,
No menos animoso que elocuente,
Ni menos cortesano que valiente.

Llamóle por su nombre, que de Ríos
Y de Sotomayor don Pedro era,
Diciéndole: «Hoy se muestren vuestros bríos
Con la fineza que de vos se espera;
Que no vendrán á ser pasos baldíos
Si de la batería de Galera,
Llegando allá haceis que se dilate,
Por orden mio, el áspero combate.»

Era don Pedro en Córdoba nacido,
Y uno de los mas nobles hijos della;
El cual, habiendo mucho agradecido
La difícil empresa, entiende en ella;
Armado va de un yelmo muy lucido,
Encrestado de pluma blanca y bella;
Desnuda lleva su temida espada,
Y su rodela firme y embrazada.

Con un denuedo y priesa no creíble
Por medio de las huestes caminaba,
Mostrándose al pasar fiero y terrible
Con quien lugar abierto no le daba;
Cual jabalí sanudo, que insufrible
Por la espesura ya con furia brava,
Haciendo senda en la mayor maleza
Con las navajas llenas de braveza.

Pero, reconociendo prontamente
En cual escuadra mas primor se encierra,
Pide calle por término decente,
Y pasa dando órden de la guerra,
Como el agua sutil que blandamente
Penetra el cuerpo denso de la tierra;
Y así, camina con industria presta
De aquella suerte á veces, otras desta.

Entre tanto el lidiar de nuestro bando,
Aunque costosamente, se mejora,
Porque los muertos, mas lugar dejando
Y mas furia en la gente guerreadora,
Podía, su valor ejercitando,
Mover las armas, y la turca y mora
Sentía dentro ya señales malas
Y el continuo herir de nuestras balas.

Y aun no les cumple estar tras los reparos,
Porque ya van subiendo con pujanza
A lo mas alto algunos hombres raros,
Que el esfuerzo les daba confianza:
Cuál en hombros está de amigos caros,
Cuál sube por el asta de una lanza;
Mas cuanto allí se afana y se pretende
La bárbara perfidia lo defiende.

No callarán mis versos tu destino,
¡Oh Don Gaspar de Sámamo y Quiñones!
Ni tu orgullo animoso y peregrino
Digno de celebrarse en mil naciones;
Bien eres de la patria convecino
Productora de inclitos varones,
De quien con sangre ilustre fué librada
De la infame traición que fué retada.

Su juvenil semblante aun no tenia
Señal de barba, cuando en este asalto
Subió con grande esfuerzo y valentía
De los primeros al lugar mas alto;
Ya la una mano al borde asido habia
Del muro, y sustentaba para el salto
El cuerpo; mas con ásperos denuedos
Un turco á cércen le cortó los dedos.

Y nó turbado del dolor insano,
Sostuvo la persona y el intento,
Aferrando en el muro la otra mano,
Sobre el cual subió presto como el viento;
Mas no le dió lugar el inhumano
Linaje á hacer mas, porque al momento
Le tiran piedras, balas, cuchilladas,
Y le hieren con armas enastadas.

Quisiera, de tal ímpetu asaltado,
Poder asir de algún fiero enemigo
El joven, por hacelle mal su grado
Precipitar de allí junto consigo;
Mas fué con tanta furia rebotado,
Que no pudo el esfuerzo serle amigo;
Y así, cayó de en medio los extraños
Con muchas mas heridas que no años.

Estas, y el golpe con que batió el suelo,
Retrato le hicieron de la muerte,
Con no menor envidia que consuelo
De los que le miraban desta suerte,
De la cruz del Baptista el blanco velo,
Que era la insignia de su pecho fuerte,
Muestra el color de la de Santiago,
Y por la tierra va el sangriento lago.

Retirado de allí como difunto,
Volvió despues en sí y quedó con vida,
Habiendo merecido en aquel punto
Que de inmortal le fuese concedida;
Mas ya el bravo don Pedro estaba junto
Al muro, cuando de cruel herida
Fué atravesado, sin cesar por esto
De proseguir su firme prosupuesto.

Bien que, de sufrimiento casi falto,
Si será bien mudar intento piensa,
Y ver por experiencia si el asalto
Será mas eficaz que la defensa;
Mas entre aquel enojo y sobresalto,
Por no hacer á su instrucción ofensa,
Se venció, y hizo mas que si venciera
Las obstinadas gentes de Galera.

Por medio del tropel pasa herido
Diciendo: «Afuera, retirad, soldados;
Que así lo manda el príncipe escogido
Por quien á morir somos obligados.»
Había ya cesado el alarido
En parte, y los rumores alterados;
De suerte que también claro sonaba
El alto son que á recoger tocaba.

Así hubo fin aquel asalto fiero,
Nacido de una sola inadvertencia;
Mas, si en fortuna hay nombre verdadero,
Si en cosa alguna tiene preeminencia,
Es en las armas, donde el mas ligero
Inconveniente, la menor licencia,
La palabra de un mínimo soldado
Mudar puede de todos el estado.

Aquel que fué el postrero en retirarse,
Sangriento, denodado y mal herido,
Don Sancho fué que debe intitularse
De Avellaneda, Marte esclarecido;
Pasado un pie y atento á señalarse,
En la rodilla estaba sostenido,
Cual suele en medio del cerrado foro
Jarretado mostrarse el bravo toro.

Mas, de la mucha sangre que aquel día
La gente derramó del hijo austrino,
No era consuelo poco la osadía
Y ardid con que la vió lidiar contino,
Y la fineza con que todavía
Pide otro nuevo asalto repentino;
Con que sin duda á sujetar se obliga
La presunción arábica enemiga.

Bien era al parecer cosa creíble;
Mas puesto que infalible y cierto fuese,
No quiso el buen don Juan que su invencible
Ejército á mas riesgo se pusiese;
Y así, mandó que á toda la posible
Priesa otro par de minas se hiciese,
Entreteniéndolo el peso de la guerra
Mientras el hierro abriendo va la tierra.

La muda noche hizo el aire oscuro,
Agravando la vista á los mortales;
El recatado moro atiende al muro;
Que mal puede dormirse en tiempos tales.
Tampoco nuestro campo está seguro
De muchos enemigos capitales
Que al socorro se dice que ya vienen,
Y que tardando á posta, se previenen.

Mas, impacientes ya por la tardanza,
Y recelosos de mayor aprieto,
Un hombre de recaudo y confianza
Despachan los sitiados á su eleto,
Pidiendo que les cumpla la esperanza
Que tienen de favor, pues en efecto
En ser constantes han llegado al punto
De los famosos hombres de Sagunto.

Abenabo responde á su recuesta
Que no les faltará el socorro cierto;
Mas otra causa mas urgente que esta
Le hace estar en arma, el ojo alerta,
Por serle cosa clara y manifiesta
Que el Duque viene con su campo experto,
Y que de Lanjaron pasa marchando
A Ujijar su camino enderezando.

Las minas entre tanto, reducidas
Al punto de aplicalles cuerda y fuego,
Amenazaban las odiosas vidas
De aquel linaje sedicioso y ciego;
Mas su alteza con trazas advertidas
La una manda que se encienda luego,
Y la otra después mas de una hora,
Por mayor daño de la gente mora.

Rompió con son horrendo la primera,
Y abrió catorce brazas de muralla,
Con poco daño de la gente fiera,
Que prevenida á la sazón se halla;
Mas luego que la mina saltó fuera,
Acude cada cual á la batalla,
Y asisten sin temor de nueva ofensa
Puestos, como primero, á la defensa.

Unos cierran del muro la rotura
Con tierra, con maderos y fagina;
Otros, subidos en mayor altura,
Lanzan de tiros lluvia á la continua;
Cuando tembló á sus piés la tierra dura,
Y abierta con violencia repentina,
Después que el centro y superficie estraga,
Vuela sus cuerpos, y sus almas traga.

Tras esto, comenzó cada artillero
A sacudir sus piezas, dando grima
Al resto de aquel bando carnicero,
A quien no hay golpe que de allí no oprima.
No el soberbio Aquilon quita mas fiero
Las hojas á la no ya verde cima
Del árbol, cuando el lucido planeta
Al bravo Escorpion doma y sujeta.

Que las ardientes balas destrozaban
Los enemigos de la Iglesia ciertos,
Los cuales en la fuerza no hallaban
Lugar donde poder estar cubiertos;
Algunos en el suelo se postraban
Entre una infinidad de cuerpos muertos;
Mas no eran de los tiros reservados
Cuando en sangre quedaban anegados.

Otros, visto aquel lance inevitable,
Con las últimas fuerzas recogidas
Entretienen la suerte miserable,
No sin hacer estrago en muchas vidas;
Pluma, si celebrar lo memorable
Ha de hacer tus obras conocidas,
Ocasión á las manos se te viene,
Por quien volar mas alto te conviene.

Aquel de Avellaneda, que yacia
Antes herido en la molesta cama,
Puesto que del caudillo orden tenia
De no acudir al caso que le llama,
Había al bravo estruendo y vocería
Venido, ardiendo en generosa llama,
Teniendo por infamia el excusallo,
Pudiendo vivo andar sobre un caballo.

Tal anda, y donde ve la mayor pella
De moros, con la espada va en la mano,
Y allí destroza, hiere y atropella,
Cual si fuera el comblezo de Vulcano;
Los moros, que le ven hacer tal mella,
Tiemblan ya del, y dudan si es humano,
Que en la misma experiencia de su daño
Hallan la justa causa de su engaño.

Mas ¡ay! que la cruel pareca tirana,
Enemiga del bien de los mortales,
Una flecha guió fiera otomana
Al hombro que de herculeo dió señales;
Y al brazo de virtud tan soberana
Un balazo asestando, ¡oh duros males!
Sin tiempo ni sazón rompió una vida
Que tan amada fué como temida.

¡Oh casa ilustre antigua de Valverde,
A quien la valentía es propia herencia!
¡Cuán estimado fruto hoy se te pierde,
Sin poder apelar de la sentencia!
Y tú, lector, si acaso te remuerde
Deste suceso triste la inclemencia,
A la madre infeliz que perdió tanto
Consuela un poco en escuchar su llanto.

Luego que de la nueva dolorosa
Hirió su corazón el son terrible,
Quedó la casta viuda generosa
Cual si fuera de mármol insensible;
Y fuérale la suerte venturosa
Si nunca sentir mas fuera posible,
Pues para morir mas cobró el sentido,
Y al fin dijo, llorando el bien perdido:

« ¡Ay, hijo de mi alma y de mi vida!
¡Quién al mundo quitó tus tiernos años,
Tu hermosura grave esclarecida,
No vista en naturales ni extraños?
¡No mereció tu madre dolorida
Tus heridas ligar con blandos paños,
Ni tenerte al morir entre sus brazos
Para darte los últimos abrazos?»

« Hijo, por mi dolor, tan animoso
Despreciador de la temida muerte,
Si yo os pariera en signo mas dichoso,
No os lamentara agora desta suerte;
Si el hado ejecutivo, riguroso,
No se opusiera á nuestro pecho fuerte,
Nunca mis enemigos desleales
Fueran la causa de mis grandes males.

« Mártir de Dios, que del estáis gozando,
Pues veis mis penas y lamentos tristes,
Pedidle que de aquí do estoy penando
Me lleve luego á veros do súbistes;
Si no, mis ojos verterán, llorando,
Las entrañas ¡oh hijo! en que anduvistes;
Traspasarónlas ya vuestras heridas,
Y ya las tiene el fuego derretidas.»

Tales eran las quejas que esparcía
Con el reciente y justo sentimiento
La madre ilustre, que ablandar podía
Las fieras sin razón ni entendimiento;
Y duróle del llanto la porfía
Tanto, que, derramando humor sangriento,
Vino á perder los ojos corporales;
¡Oh maternal amor, y cuánto vales!

No trato del lamento y de la pena
De otras madres y viudas, que á mancilla
Y soledad Galera las condena,
Que historia es larga para referir;
Mas ¿quién con voz de angustia y dolor llena
No llora por don Juan el de Castilla?
¡Pérdida general, caso aciago,
Desgracia universal, comun estrago!

Un caballero de real linaje,
De juvenil edad, de ánimo fuerte,
De noble condición y alto lenguaje,
De persona gentil y de gran suerte,
Por tí, fiera nación, cruel, salvaje,
Yace durmiendo en brazos de la muerte,
Cortado el hilo de sus esperanzas,
Claro ejemplo del mundo y sus mudanzas.

Ya que la furia insana de Galera
Del todo se rindió al valor de España,
Nuestros soldados entran por do quiera,
Sin haber en qué usar fuerza ni maña;
Solo les hace tarda la carrera,
Grande caterva y multitud extraña
De muertos, y no resta á que echar ojo.
Sino es á la ganancia del despojo.

Mas, si algún moro ó turco se ofrecía
Entre tal mortandad acaso vivo,
Era cosa de ver cuánta alegría
Causaba con su muerte al bando altivo;
Cual suele la orgullosa montería
Cercando al jabali cerdosos esquivo,
Donde no hay apelar de entre sus hierros
Si no es para los dientes de los perros.

Después que con la luz del día siguiente
Se escudriñó el lugar parte por parte,
Y que la rica presa entre la gente
Se repartió, como es uso de Marte,
El vencedor magnánimo y prudente
Mandó que luego con industria y arte
En el rendido pueblo se pusiese
Tal fuego, que en ceniza le volviese,

Así por no dejar donde otro bido
De rebelados moros se juntase,
Como porque del número crecido
De muertos corrupción no resultase;
Lo cual en breve espacio concluido,
Ordenó que el ejército marchase
A Baza, donde fué con regocijo
Recebido de Carlos el gran hijo.

Pasa la fama con volantes alas
Esparciendo en el mundo la victoria;
Abenabo, que oyó las nuevas malas,
Muchas cosas redujo á la memoria;
Y viendo que sus hechos van á malas
En una mala andanza tan notoria,
Fundar sus esperanzas le conviene
Solo en la gente que consigo tiene.

Porque otras plazas fuertes que le quedan
Es cosa vista ya no serlo tanto,
Que resistir como Galera puedan,
Y aun no escapó del último quebranto;
Mas ya nuevos discursos se le vedan,
Porque el Duque se le entra, y está á canto
De dalle á sangre y fuego la batalla,
O segulle si deja de aceptalla.

Del enuoco el ejército florido
Al católico en número excedía,
Y en cuanto estar armado y bien regido,
Inferior decir no se podía:
Eralo en el andar desproveyido
De caballos y gruesa artillería;
Mas, escogido sitio conveniente,
Esta desigualdad no era terrible.

Con todo, quiere que sin violencia
Pase el Duque con todos sus soldados
Sin experimentar la contingencia
Del arbitrio dudoso de sus hados;
Porque es aviso y militar prudencia
De capitanes que hubo señalados,
No remitirse al juicio de fortuna
Sin que preceda de dos causas una;

O que peligro les compela urgente,
O les conviden grandes ocasiones,
Lo cual todo cesaba de presente
En el estado de sus pretensiones;
Y así, resuelve andarse finalmente
A la cola de nuestros escuadrones,
Y en oportunidad con su vanguardia
Dar de improviso en nuestra retaguardia,

Saltear las escoltas de ordinario,
Tocar rebato en los alojamientos
Para hacer con el ardid contrario
Andar nuestros soldados descontentos,
Cansados del trabajo extraordinario,
Sin ganancia, quejosos y hambrientos,
Y reducidos á tan grande aprieto,
Que al Duque desamparen en efeto.

Mas tuvo en este tiempo nueva cierta
Que tras el campo viene de Granada
Una escolta grosísima en alerta,
De cuatrocientos hombres aguardada;
Dali de su persona hace oferta
Para ponerse al paso de emboscada;
Y así, atajando por despeñaderos,
Se apresura con mil arcabuceros.

Lo mismo hace Abdalla diligente
Por donde va á Jubiles el camino,
Y tomadas las cumbres, hace frente
A las huestes del héroe cesarino;
El rumor de las cajas ya se siente,
Resuena del metal sonoro y fino
El bélico instrumento al arma dando,
El aire cerca y lejos atronando.

No de los altos montes con ruido
Suelen así bajar raudas corrientes,
Cuando ya, por lo mucho que ha llovido,
Se extienden, como el Nilo, las crecientes;
Ni el fuego en secos montes emprendido
Con los soplos del ábrego valientes
Pasa abrasando con la furia y saña
Que aquellos al bajar de la montaña,

Están en orden puestos los cristianos,
Y danles al llegar tal estampida
De arcabuzazos, que los inhumanos
Rebeldes hallan áspera acogida;
Venidos unos y otros á las manos,
El Duque reforzó la lid renida
Con mandar que la brava artillería
Jugase por las partes que podía.

Y comenzó á romper con tal ventaja
Por entre aquellos hombres alevosos,
Que van dejando apriesa la baraja,
Alzándose, aunque estaban perdidosos;
Retirados, su rey no los ultraja,
Porque estos ademanes cautelosos
Los hace divirtiendo al Duque, Abdalla,
Mientras Dali el cruel la escolta halla.

Pero el de Sesa, ardiendo de deseo
De contrastar las máquinas ribaldas,
A Poqueira marchó por el rodeo,
Cercando al monte las selvas faldas;
Y así, entendido por el pueblo reo
Que no tiene seguras las espaldas
Si á la otra banda nuestro campo gira,
El paso desocupa y se retira.

Esto pasaba aquí; mas entre tanto
Cerca de Lanjaron el otomano
La escolta acometió con furor tanto,
Que miembro en ella no dejara sano,
Si el capitán en quien no cupo espanto,
Mostrando su talento mas que humano,
Con orden, con ardid y fortaleza
No resistiera el impetu y fiereza.

Este era el capitán Andrés de Mesa,
Viejo soldado y de fortuna buena,
Noble, hidalgo y natural empresa
De la opulenta villa de Lucena;
Fuéle muy favorable en forma expresa
La suerte amiga que su bien ordena,
En hallarse par del un caballero
Que ninguno en valor le fué primero.

Don Pedro de Velasco era el valiente
Dendo del generoso Condestable,
A quien el rey católico y prudente
Como á soldado envia tan notable,
Para que reconozca el campo y gente,
Y de secreto con el Duque entable
Los medios propios á las ocasiones
Con larga mano y amplias donaciones.

Viniendo pues entonces de camino,
Acaso en esta escolta allí pasaba,
Cuando Dali furioso sobrevino
Creyendo que la presa cierta estaba;
Mas el esfuervo raro y peregrino
Que en estas dos cabezas se hallaba,
Junto con la virtud de los soldados,
Se opuso á movimientos tan sobrados.

No hay viento tal que luego no revoque
Si en parte fuerte y condensada hiere,
Ni sol tan recio que allí mismo toque
Sin que retrocediendo reverbere;
Y así, ventaja no hay que si en el choque
Halla la integridad que se requiere,
El impetu y pujanza no resfrie,
Y en parte del vencer no desconfie.

Y así, los moros menos impedidos,
Y en número y lugar superiores,
Con prevención astuta apercebidos
Y ventaja de osados agresores,
Visto que eran con nervio rebatidos,
Amainaron la vela á sus furiosos,
Negocio que antes del acaecimiento
No cupiera en humano entendimiento.

Grita Dali á los suyos: ¡oh leones,
Mostrad, mostrad aquí vuestra braveza,
Que no se deben estas ocasiones
Perder por negligencia ni pereza;
Abdalla á los contrarios escuadrones
Está haciendo rostro en la aspereza,
Porque, seguros de otro inconveniente,
Podamos hacer ricia desta gente.»

El turco habla así; mas de otra parte
Dicen y hacen los de nuestro bando
Todo cuanto es posible a fuerza y arte,
El desigual partido sustentando;
A pié andaba don Pedro, hecho un Marie,
Que, su leal caballo en tierra dando,
Había, de cansado y mal herido,
La vida y dueño a un punto despedido.

Entre tanto el de Sesa considera
Que háberse el enemigo así mostrado,
Y con escaramuza tan ligera
La lid que comenzó desamparado,
Alguna estratagema y doblez era;
Con ingenio sagaz y delicado,
Con prontas y discretas conjeturas
El caso penetró y verdades puras.

Mandó que á toda priesa y diligencia
Saliese la mejor caballería
Camino de Granada, y dió licencia
Para lo mismo á alguna infantería,
Y que juntos hiciesen resistencia
Con la escolta, la cual cierto creía
Que á la sazón estaba combatiendo
O en vispera de haber recuento horrendo.

Llegó el socorro á tiempo, y rebolados
Los moros, hasta entonces resistidos,
Vinieron con la escolta los soldados
Al campo, donde son bien recibidos;
Luego, sus escuadrones ordenados,
El Duque marcha hácia los sabidos
Aljibes, porque lleva firme intento
De hacer alto allí y alojamiento.

Entre Ferreira va y el fresco río
De Cadiar el ejército famoso,
Por la ribera del torrente frío
De Jubiles, lugar facineroso;
El sol había dejado el aire umbrío,
Cuando, necesitados de reposo,
Y cansados los nuestros, se alojaron
En el sitio mas fuerte que hallaron.

Dejaré de contar que Noaybe crudo
Con cinco veces cien arcabuceros
De guardia estaba allí bravo y sanudo,
Haciendo siempre enormes desafueros;
No diré que, asaltando como pudo,
En el real sembró rebatos fieros,
Ni cómo con ardid mas que molesto
Le tuvo desvelado, en arma puesto.

Mas á Baza volviendo, ya salía
Della el hijo de Carlos, cuando el cielo
De cristianas lumbres se esparcía,
Y el mundo se trocaba en negro velo;
La vuelta de Seron lleva la vía
Para prostrar su orgullo por el suelo,
Puesto que fuerte y guarnecido estaba
De altos pertrechos y de gente brava.

Ya que los cantos dulces y sutiles
De las aves saludan la mañana,
Se halla el campo á vista de Caniles,
Que también por la gente está pagana;
Tocando sus trompetas y anafites,
Y haciendo de sí muestra profana,
Estaba el bando torpe abominable
La fuerza coronando inexpugnable.

No le parece al de Austria conveniente
Situar aquel lugar, porque el asiento
Es áspero, difícil y eminente,
Y no por eso empresa de momento;
Poco el despojo, y menos es la gente,
Y mucha la ocasión de impedimento,
En tiempo que pasaba coyuntura
De conquistarse la Alpujarra dura.

De donde tuvo letra encarecida
Del Duque, en que le hace gran instancia
Sobre la brevedad de su venida,
Pues della pende toda la importancia;
Porque la muchedumbre descreída
Se vale de la anchura y la distancia
Para tener su campo en la agria sierra,
Sin que jamás se dé fin á la guerra.

Para lo cual el último remedio
Es que dos campos anden al alcance,
Y cogido una vez Abdalla en medio,
Se ponga fin al riguroso trance;
Su alteza marcha, y tiene por buen medio
El susodicho, sin que se eche lance,
Si no fuere forzoso, en el camino;
Mas otra novedad le sobrevino.

CANTO XVII.

Su alteza toma por fuerza un lugar llamado Seron. Luis Quijada, mal herido de un balazo, da el alma á Dios. El duque de Sesa anda en la Alpujarra contrastando al Abenabó, el cual con estratagemas rehúsa la batalla; los enemigos rompen y desbalijan una escolta al marqués de la Fabara. La serranía de Ronda se rebela.

No debe prometerse el que es prudente
Certidumbre de caso que es futuro,
Pues fuera del vigor de lo presente,
Todo es condicional y no seguro;
Y así, es el que se rige sabiamente
Duro en creer, y en esperar mas duro,
Y es falto de talento y de doctrina
El que se da á creer cuanto imagina.

El orden cierto con que se gobierna
Naturaleza va por otra vía,
Segun la providencia sempiterna
Que le dió la razón por que se guía;
Sucede sin cesar con vez alterna
A la timiebla luz, la noche al día,
Y nacen del girar la oblica esfera,
Estío, otoño, invierno y primavera.

Esto por un nivel tan compasado,
Que no discrepa, no, jamás un punto;
Mas deste mundo el variable estado
Otros compases lleva y contrapunto;
Aquello que es por bien sumo juzgado
Suele á veces estar al mal tan junto,
Que por do menos piensa el seso humano
Sus daños toma por su misma mano;

Y por ser voluntario en sus licencias
El tiempo las arguye y reprehende;
Suceden muchas veces las herencias
Muy al revés de aquello que se entiende;
Todo está, en fin, sujeto á contingencias,
Y de otra oculta voluntad depende;
No haga pues el hombre cuenta cierta
En peregrinación de vida incierta.

¿Quién dijera que, yendo de camino,
Había de Seron, ignota villa,
De resultar al buen joven austrino
Triste infortunio, lleno de manilla?
Marchaba pues el campo, cuando vino
Una de la infernal cruel cuadrilla
A infundir de repente en los soldados
Estímulos de guerra acelerados.

«Nuestro caudillo vanamente piensa,
Dijeron, si pasar de aquí pretende
Sin primero hacer la última ofensa
A Seron, que excusarse della entiende;
Puestos están los moros en defensa,
¿Quién tal asalto tarda ni suspende?
Al arma, al arma; cierra, Santiago;
Hágase en ellos hoy sangriento estrago.»

Desta suerte sin orden embistieron,
Y dando en el lugar fuerte y armado,
Las obras al hablar correspondieron,
Y el efeto al denuedo anticipado;
De Tijola los moros acudieron
A dar socorro, pero fué excusado;
Que ya todo el lugar estaba llano,
Descompuesto y metido á saco mano.

Mas no salió barata la jornada
De aquel confuso y aciago día,
En el cual fue la lid tan intracada
Lo poco que duró aquella porfia,
Que, si no fuera fuerte la celada
Que el general clarísimo traía,
Se viera su cabeza de oro puro
Sangrienta y rota de un balazo duro.

«Mas ¡ay! que ni las armas son de efeto
Contra el preciso disponer del cielo,
Ni pudo á Luis Quijada el fuerte peto
Librar de muerte, ni al real de duelo.
¡Oh fido Acates, oh varon perfeto,
Insigne por tus obras y tu celo,
Con qué palabras explicar podría
La pena que por tí don Juan sentía!»

Ya que en el trance estabas postrimero
Te dijo: «Pues os vais á mejor vida,
Dejadme, oh padre mio verdadero,
Algo mandado en esta despedida;
Que vuestra voluntad yo me proliero
A que será del todo obedecida
De mí, en cuanto la luz del sol mirare
Y este brazo la espada gobernare.»

«Y pues el bado rigurosamente
Me quiere, en fin, privar de vuestro amparo,
Mi alma siempre en sí os verá presente
Como al tesoro que le fué mas caro;
Loaros he continuo dignamente,
Pues fuistes caballero al mundo raro,
Y será para mí descanso y gloria
Tereros en mi lengua y mi memoria.»

«Y si prestando Marte sus favores
Llegare al tiempo que el deseo me llama,
Y cantando elegantes escritores,
Se mostraren celosos de mi fama,
A cargo les daré vuestros loores,
Para que en cuanto Febo se derrama
Resuenen las hazañas que hicistes
Y la ejemplar doctrina que me distes.»

Agradeció infinito el ayo anciano
Tales oficios, y en habiendo hecho
Las diligencias de fiel cristiano,
Fué á presentarse en el juicio estrecho.
Lloró su fin el campo castellano;
Mas ¿quién podrá callar el gran despecho
De su mujer castísima, que acaso
Presente se hallaba al duro caso?

Y ¿quién, á vueltas de su amarga pena,
Su virtud pasará en silencio odioso,
Pues junto al de Pompeyo también suena
El nombre de Cornelia, y es famoso?
Llamose esta señora Madalena,
Del renombre de Ulloa generoso;
Sabia, humilde, modesta y cortés dama,
De santa vida y de inviolable fama.

Nunca el felice amor del himeneo
Mas unidos ligó dos corazones,
Nunca juntó en dos almas un deseo
Con mas bien acordadas proporciones,
Que en este par; y así, de todo arreo
Despojada, y vencida de aflicciones,
Con lagrimas que un risco enterneciera
Sobre el cuerpo lloró desta manera:

«¡Oh mi bien y mi gloria y mi esperanza,
Alivio celestial en vida humana,
Descanso mio y dulce bienandanza,
Por quien del mundo fué la mas ufana;
Y agora con tan áspera mudanza
Mi angustia, mi dolor, mi pena insana,
Por quien será mi vida sin consuelo
Un mar de llanto y un perpetuo duelo.»

«¿Es posible que os vea ante mis ojos
Sin vida, y que la mía esté tan fuerte,
Que no se rinda luego á mis enojos,
Haciéndome con vos igual en suerte?
Juntara con los vuestros mis despojos
La cruda, inexorable y cruel muerte;
Mas ¡ay triste de mí! que no lo fuera
Si tanto beneficio me hiciera.»

«¿Es este aquel tranquilo y dulce estado
Que á vuestro servir largo se debía?
¿Así habeis en las armas jubulado
Para gozar en paz mi compañía?
Después de tanto haber peregrinado
Por Francia, Flándes, Alemania, Hungría,
Y moros mil y turcos muerto en guerra,
¿Yaceis difunto en la vandalia tierra?»

«Volvistes de las guerras espantosas,
Donde sin mí os hallastes, salvo y sano,
Con palmas de victoria gloriosas,
Dignas de vuestro esfuerzo sobrehumano;
Y agora gentes viles y alevosas
Así os han puesto con airada mano,
Porque, cansada ya de ausencia dura,
Os vino á acompañar la sin ventura!»

«Mas, pues hicistes fin en vuestro oficio
De soldado cristiano y caballero,
Haciendo á Dios y á vuestro rey servicio,
Y á mi señor y hijo verdadero,
Reciba el alto cielo en sacrificio
Vuestra sangre y mi llanto lastimero,
Que durará en mis ojos hasta veros
Donde esté sin recelo de perderos.»

Con ronca voz así se lamentaba
La viuda ilustre del dolor reciente,
Y de traspaso ya se desmayaba
Junto al cadáver frío que no siente;
Cuando á fuerza de allí la retiraba
De Pelayo el heróico descendiente,
Su acerbo sentimiento mitigando
Con tierna compasion y estilo blando.

Prometiéndole de serle hijo cierto
En cualquiera negocio y ocurrencia,
Sin faltalle jamás por desconcierto
De la debida fe y pronta obediencia;
Mostróse esta verdad al descubierto
En la patente luz de la experiencia,
Pues nunca se vió madre mas amada,
Ni con mayor decoro respetada.

La pompa funeral se aperecía
Para dar al difunto sepultura;
De cajas destempladas ya se oía
El bajo son que mueve á gran ternura;
Los arcabuces trae la infantería
Al revés, denotando su tristura,
Los coseletes visten negro velo,
Las picas arrastrando por el suelo.

Ni mas ni menos llevan las banderas
Los alféreces llenos de despecho;
No hay voces ni querellas lastimeras
Que tanto enternecer puedan un pecho
Como estas ceremonias, cuyas veras
Tienen para mover mayor derecho,
Cuanto es á Marte airado cosa nueva
Mostrar de piedad alguna prueba.

Devoto á las obsequias y oblaciones
Asiste el de Austria con afecto puro;
Resuenan las tristes lecciones
Del que fué de paciencia fuerte muro;
Humea el sacro incienso, y los blandones
Ardiendo anuncian el vivir futuro
Al cuerpo ilustre que de aquesta traza
Quedó durmiendo en la nombrada Baza.

«Mas ya otra vez el tiempo al arma toca,
Porque en Seron mil moros se han metido,
Y así, con la ocasión que le provoca
Sobre ellos vuelve el mozo esclarecido;
El parecer primero no revoca,
Que es pasar contra el campo descreido
A la Alpujarra luego que por tierra
Haya puesto á Seron con cruda guerra.»

En este medio el Duque pertrechado
Mas bien de gente que de bastimento,
Corre el distrito, y busca acelerado
Al enemigo enuoco fraudulento;
Llega á Ferreira y pasa apresurado
De Ujijar, al lugar que nacimiento
Fué de su antecesor, á Valor digo,
Patria de Abenhumeya, su enemigo.

El pérfido Abenabo, á Sesa viendo
Estar de la Alpujarra en las entrañas,
De vituallas falta padeciendo,
Cercado de desiertos y montañas,
Dijo á sus capitanes: «Ahora entiendo
Usar de Fabio Maximo las mañas,
Que venció entreteniéndolo y dilatando,
Sin riesgo suyo, al africano bando.

»El de Córdoba en término se ha puesto,
Que el retirarse ya no le conviene,
Porque ni á su disimio será honesto,
Ni al nombre de su abuelo que mantiene;
Pues sustentarse es vano presupuesto,
Si provision por horas no le viene;
Así que, las escoltas impedidas,
Podeis haber sus huestes por vencidas.

»Para lo cual cometo á los Partales
Que entre Órgiva y do quiera que estuviere
El Duque, estén con mil soldados tales,
Como para el efeto se requiere;
Cualquiera escolta que de los umbrales
De Granada al ejército viniere,
En sitio y coyuntura se acometa,
Que no se escape della una estafeta.

»Con otro tanto número de gente
Mojajar corra, y haga cruel guerra
En torno de Andarax, y diligente
Discurrirá de Gádor por la sierra
Hasta Almería y Adra, y juntamente
De Ventomiz irá á correr la tierra
El Garral, que por Vélez tendrá espías,
Y en su distrito cinco compañías.

»Arrendate saldrá á Sierra-Nevada
Con seis banderas, y el Pontal con siete
Llegue hasta las puertas de Granada,
Y todo su contorno desquite;
Estos medios harán que la obstinada
Alteza del Duque se sujete
A la hambre cruel consumidora,
De fieras y vestigios domadora.

»Y es otro campo de apariencia vana,
Que el mozo hermano de Filipe guía,
Y el Duque aguarda de hoy para mañana,
Yo haré que jamás llegué este día;
Serón el fuerte armada gente mana,
Que se ha metido allí por orden mia,
Y del primero intento le divierte,
Para que nuestro hecho mas se acierte.

»Mas si con sangre haber allí vertido
Y pérdida de tiempo conquistare
Aquel lugar, habrémos prevenido
Otro y otro estropiezo en que repare,
Hasta que tan cansado y consumido
Al Alpujarra llegue, si llegare,
Que no pueda el de Sesa, ya deshecho,
Valer ni ser valido en tal estrecho.

Dali y los otros, todos aprobando
Eficazmente el parecer de Abdalla,
Loaron su prudencia, efetuando
Lo propuesto por él, sin haber falla;
El Duque, todavía procurando
Provocar su contrario á la batalla,
No deja medio alguno que no intente,
De sabio, valeroso y de prudente.

Entre tanto su alteza solicita
De Seron crudo la final ruina,
Y sus soldados al efeto incita
Con tan guerrero ardid y disciplina,
Que las dificultades facilita,
Y en un asalto acaba y determina
La expugnacion que tarde fin tuviera,
Si tan rara virtud no interviniere.

Señalóse este día el memorable
Don Lope, que, á no ser por el de Acuña,
Fuera por excelencia el mas notable,
Sin decir Figueroa, que es su alcuña;
Porque en ingenio claro y admirable,
Desde Sevilla al fin de Cataluña,
Ninguno puede serle preferido,
Ni en ánimo en peligros conocido.

Un tercio á la sazón administraba,
Mas cuando de una sola compañía
Por capitán en Flandes militaba,
Eternizó su hado y valentía;
La gente del de Orange del temblaba,
Y así lo hizo en el Andalucía,
Junto á Guadix, su patria, la morisma
Que el Alcoran armó contra la crisma.

Pero al Duque teniendo por do quiera
Los pasos el contrario rodeados,
Su ejército pasaba hambre fiera,
Manteniéndose solo de pescados;
Tanto, que si otro Macedon no fuera,
Se le desavinieran los soldados;
Mas el ser liberal, piadoso y bueno,
Al ánimo mas libre ponía freno.

Estrechaba á su casa el ordinario,
Y á su persona misma del sustento
Privaba con valor extraordinario,
Por dallo al mas desnudo ó mas hambriento;
Estaba hecho siempre tributario,
Dando sus bienes con aquel aliento
Que el Pelicano, ufano y satisfecho,
Da á los hijos la sangre de su pecho.

Mas, como en infinito procediese
La descomodidad y suerte avara,
Mandó que con mil hombres se partiese
Y cien caballos el de la Favara,
Con gran bagaje, y que al real trujese
Desde la Calaborra, otra vez cara,
Y esta no menos, tantos bastimentos,
Que cesasen la hambre y descontentos.

Salió el valiente Silva su jornada,
Y siguióle la gente de Sevilla
En hora triste y mal afortunada,
Llena de confusion y de mancilla;
Porque, puesto en un monte de emboscada,
El Arabi trabó cruel rencilla,
Y daños causó allí poco menores
Que la infelice rota de Alvar Flores.

Dicen que la ocasion de aquel estrago
Fue el ir nuestra vanguardia tan delante,
Que entre ella y el escolta el turco mago
Metió de gente número pujante;
Y porque el día fue mas aciago,
Había abierto espacio semejante
La retaguardia, donde se entremete
El Marzapel, llamado del Cenete.

El Pecini de Berja en el momento
Da en la escolta y enfermos que llevaba;
Mas ya la turbacion y desatiento
Las puertas del remedio así cerraba,
Que, andando por la tierra un mar sangriento,
Una voz por el aire no sonaba;
El horror, el silencio y el espanto
Pelean por los moros cuatro tanto.

Hirió, aunque tarde, el áspero sonido
Los oídos al bravo lusitano;
Mas ya ¿qué ha de hacer, si está rendido
A la desdicha el bando sevillano,
Y los pocos que vivos han salido,
Vienen corriendo con huir liviano?
Los moros los aquejan, y su miedo
Les da mas gallardía y mas denuedo.

Mas no por eso el portugués desmaya;
Antes, con la vanguardia revolviendo,
La virtud suma de su esfuerzo ensaya,
Tan impetuoso golpe sosteniendo,
Como á las naves hace estar á raya,
Aunque las lleve el aquilon borrendo,
En el airado mar cuando mas brama,
Aquel peee que rémora se llama.

El invicto Marqués no de otra suerte
Se opuso al gran tropel de la ruina
Con obras y palabras de alma fuerte,
Haciendo de sí muestra peregrina;
A cuatro por su mano dió la muerte,
De la orgullosa gente sarracina,
Y hizo reparar en coyuntura
La furia de la misma desventura.

Parte, en fin, de su gente recogida,
Y restaurada parte del bagaje,
Llegó á la Calaborra, conocida
Dos veces ya con español ultraje;
Quedó la tierra en sangre convertida,
Con mucha injuria del fiel linaje,
Y el puerto de la Ragua por testigo
Del poderoso ardid del enemigo.

El Duque, desta nueva lastimado,
Muestra del caso grave sentimiento;
No descompuesto, triste ni turbado,
Que no cupo el estallo en su talento;
Mas con semblante firme y pecho osado
Promete de hacer un escarmiento
En los rebeldes, tal, que eternamente
Se venga á publicar de gente en gente.

Era el tiempo que el sol domaba el Toro,
De Géminis distando pocos días,
Y toda su cosecha el pueblo moro
Esperaba del campo de Dalias;
Y así, guardaba como gran tesoro
Las mieses con algunas compañías;
Mas dar el Duque el gasto determina
En ellas y acercarse á la marina.

Pasada Berja, y el efeto hecho,
Resueltos en ceniza ya los paues,
Pone á Castil de Ferro cerco estrecho,
Que era fuente y raíz de mil afanes;
Estaban dentro del contra derecho
Leandro y otros turcos capitanes;
Dando puerto en España, á quien venia
Del terreno cruel de Berberia;

Y juntamente siempre rebatiendo
A quien llegaba allí de nuestra parte,
Aqui pues, con su campo á punto siendo,
El nieto insigne del cordobés Marte,
Y las galeras por el mar batiendo
El alto sitio con industria y arte,
A un mismo tiempo se le dió la guerra
Por el undoso mar y la agrá tierra.

Gimen las ondas con la furia horrenda
De la espantosa y brava artillería,
Tiembra la tierra y crece la contienda,
Sin menguar en los turcos la osadía;
Y piensan que vendrá quien los defienda,
Como en efeto Carbaji venia;
Mas, advertido del batir fogoso,
Clamando dió la vuelta presuroso.

Cual ave que, llevando al nido amado
A sus hijuelos caros el sustento,
Ve desde el aire al cazador tamado
Que los alcanza del nativo asiento,
Y se revuelve en vuelo apresurado,
Clamores esparciendo por el viento;
No pues de otra manera el sarracino
Se vuelve con su armada por do vino.

Tanto mas triste cuanto mas crecido
Era el socorro que traía el tirano,
Que era, cierto, el mayor que había salido
Contra España del término africano;
Averiguóse que se habían unido
Catorce galeotas, en que ufano
Venia gran golpe de ismaelita gente,
Gallarda juventud, de orgullo ardiente.

Con armas, bastimentos y pertrechos,
Con que de nuevo guerra se fundara;
Así que el Duque con heroicos hechos
El peligro cruel venció á la clara,
No sin orden fatal, que por derechos
Naturales le nombra y le declara
Por defensor del granadino suelo,
Cuya conquista engrandeció á su abuelo.

Canado el sitio fuerte de importancia,
Y el instante socorro ahuyentado,
Y para lo futuro la arrogancia
De los de Argel habiendo derribado,
El Duque persevera con instancia,
Dejando aquel castillo bien guardado,
De verse en ocasion con el Abdalla
Que acepte en campo abierto la batalla.

Mas él usaba á posta dilaciones,
Sin hacer experiencia en la ventura;
Entre tanto el austrino sus blasones
Extiende por los montes y llanura;
Sujeta á los de duros corazones,
Perdona al que se rinde con blandura,
Y así corre, señor de la campaña,
Reduciendo al contrario á pena extraña.

No contaré yo aquí cómo el de Luna
Salió por su mandado de Antequera
En defensa de Vélez, que importuna
Perturbacion de Frixiliana espera;
Donde moros dos mil, hechos á una,
Se fortifican cual la vez primera,
Ni de la cabalgada de Baeares,
Aunque hubo en ella casos singulares.

Solo diré que fué la mas notable
Y rica que se vió en aquella guerra,
Difícil, peligrosa y admirable,
Y en todo lo fragoso de la sierra;
De don Diego de Argote el memorable
Blason ocupe el orbe de la tierra,
Pues su virtud constante, esfuerzo y maña
Pudieron rematar esta hazaña.

No trato de diversas correrías,
Hechas con buen ardid y fortaleza,
Y dignas de que el curso de los días
No deslustrara un punto su grandeza;
Mas hase de evitar por muchas vias
En el estilo de mayor alteza
El ser prolijo, que es lo que desdora
Cuanto en el decir breve se atesora.

Mayormente que, puesto que resuma
La varia historia todo lo posible,
Habrá sugeto en que tender la pluma,
Segun se ofrece novedad terrible.
Ya de Ronda en la sierra una gran suma
De la morisca sangre está insufrible;
Ya osadamente muestra la cautela,
Tanto, que la ciudad se guarda y vela.

Sierra difícil y áspera montaña,
De pasos austerísimos y estrechos,
Rotos en muchas partes no sin maña,
Y atajados con árboles á trechos;
También con piedras de grandeza extraña
Mampuestas, y sin esto, otros pertrechos
De gente resoluta y prevenida
Para trabar contienda tan reñida.

De medios se trató por buen acuerdo
Para evitar la pérdida violencia;
Mas perturbó el camino el desacuerdo
De la soberbia militar licencia,
Sin ser parte el de Luna, sabio y cuerdo,
Para quietar la ciega turbulencia;
Al cual, dejado en Vélez buen presidio,
Se le mandó venir á este fastidio.

Y puesto que orden y atención tenia
A curar el insulto con blandura,
No dió lugar la gente que traía,
A quien codicia mueve y apresura;
Mas la morisma, que no fué tardía
En bajar de los montes y espesura,
Hizo cruel venganza en los soldados,
En el robo embelidos y ocupados.

Después que el aire, de sereno y claro,
Se había vuelto ya tibio y escuro,
Creció el peligro del príncipio avaro
Y la osadía del linaje duro;
El templo de Rubrique, do reparo
Una banda entendió hallar seguro,
Ya en vuelto en humo y en pavesas anda
Con torpeza sacrilega y nefanda.

Luego que en la Alpujarra fué sabida
Esta rebelion, á las voladas
Gente envió robusta y escogida
A proseguir las culpas comenzadas;
Dos agras sierras toman por guarida,
La de Istan y Bermeja, tan nombradas,
Donde la multitud se multiplica,
Y con solicitud se fortifica.

Escojieron los puestos referidos,
Tomando a las espaldas la agua bonda,
Para ser fácilmente socorridos,
Aunque fortuna mal les correspondía;
Desde allí, pues, bajaban atrevidos
Hasta las puertas de la fértil Ronda,
Dejando la ciudad sin labradores
Y el campo sin ganado ni pastores.

De los duques de Cadiz memorables
Que se llamaron Ponce y Leones,
Conformando con hechos perdurables
Al nombre sus invictos corazones,
Los de Arcos se derivan, que mudables
Condiciones de tiempo y ocasiones
Les dieron en la verta serranía,
Por Cadiz, pueblos de menor valía.

Mas fué estipulación con firme celo,
Jurídica bastante y aceptada
De la notable casa á quien el cielo
Tiene mil siglos há calificada;
Es su prosapia del romano suelo,
En la felice España trasplantada,
Con el nombre de Ponce que heredaron,
Y el de Leon porque á Leon ganaron.

Esta eminente casa señor era
A la sazón un alto caballero,
Que en su aspecto y virtud, de quién él era
Traía indicio claro y verdadero;
Si don Luis Ponce de Leon no fuera,
Le respetara el mundo todo entero
Por liberal, galán y por discreto,
Por esforzado y de valor perfecto.

Al militar oficio fué inclinado,
Y á las cosas de guerra siempre atento,
Servidor de su rey en aquel grado
Que debe un caballero de momento;
No contare yo aquí la fe y cuidado
Con que de tierna edad probó su intento,
Ni cómo fué á servirle á los estados
De Flandes, sospechosos y alterados.

Ni cómo la razón y la ventura
Sus pasos de manera encaminaron,
Que vió el flamenco suelo en coyuntura
Que inconvenientes graves se atajaron;
No como los que en ocio y en blandura
De los que sus mayores heredaron
Se precian de gozar indignamente,
Cebados del aplauso de su gente.

Caduco bien, regalo transitorio,
Que al olvido mortal vuelve y declina,
No aspirar al famoso consistorio
A donde el bien obrar nos encamina;
El que no hace su valor notorio
Por alguna hazaña peregrina,
Mucho pierde en morir, y este tan cierto,
Que aun vivo le podrán contar por muerto.

Libre deste rigor fiero, inhumano,
El de Arcos en sus hechos procedía,
Cuando ocasión, que al fin tarde ó temprano
Se ofrece al que la busca con porfía,
Le vino, como dicen, á la mano,
De mostrar su prudencia y valentía,
Y el rey nuestro se tuvo por servido
De darle poder largo y extendido.

Para que, quietándose el tumulto,
Usase de perdón, y así no siendo,
Véngase con las armas el insulto,
Al último rigor la puerta abriendo;
El Duque, cuyo lustre no era oculto,
A los moriscos pudo ir atravendo
A tratar de partidos moderados,
Aunque estaban rebeldes y obstinados.

A una ermita que es cerca de Casares
Arabi y Atayfor bajaron luego,
Como cabezas y hombres singulares
De todo el vulgo revelado y ciego;
Y juntamente todos los lugares
Alzados en aquel desasosiego,
Sendos moriscos de gentil talento
Nombraron para el mismo avocamiento.

De poquísima gente acompañado,
Poniéndose de industria en tal balanza,
El Duque salió al puesto señalado,
Mostrando tener dellos confianza;
Y porque fuese el crédito doblado,
Llevó su verdadera semejanza,
Que fué el Marqués, su hijo, don Rodrigo,
Para que fuese allí parte y testigo.

Después que dadas son y recibidas
Las saludes que el vano cumplimiento
Tiene á lisonja clara reducidas,
Lejos de su primero fundamento,
El Duque con palabras comedidas,
En medio del morisco ayuntamiento,
Propuso el grave caso de manera
Que al mas protervo moro persuadiera.

Porque, demás de la eficaz esencia
De la razón y veras que trataba,
El modo de hablar y la presencia
En que un divino ser representaba,
Movian la agarena descendencia
A estar humilde, de feróz y brava;
De divertida, atenta, y de insolente,
Dispuesta á reducirse y obediente.

Si todos los que allí no se hallaron
Con los demás, presentes estuvieran,
La misma reducción que ellos firmaron
Sin discrepar un punto establecieron;
Aunque las asperezas que probaron
Mayor desconfianza les pusieran;
Que crédito tan grande no agotara
Cruel deslealtad de gente avara.

El caso fué que vaciló el horrendo
Pueblo de los moriscos, disoluto,
Bien que notable causa precediendo
Contra un particular salvoconduto;
El Duque, cautamente procediendo,
Castigó los culpados, no sin fruto
En cuanto dar su punto á la justicia,
Mas no en desenganar á la malicia.

Habia entre los moros uno extraño
Que el Meliche por nombre era llamado,
Osado, escandaloso, y con su daño
Por hereje tenido y reprobado;
Este el pueblo juntó, que al nuevo engaño
Estaba ciegamente ya inclinado,
Y viendo la materia así dispuesta,
La plática que hizo en suma es esta:

«Oh compañeros y parientes míos,
Valientes y esforzados vanamente!
¿Quién ha domado vuestros altos bríos
Cuando ninguna excusa lo consiente?
Y ¿quién tanto os cegó los albedríos,
Que esperéis de cristianos fácilmente
Ser perdonados, siendo aborrecidos,
Como ellos de nosotros mal queridos?»

«Mas ¿para qué es haciendo conjeturas
Perder el tiempo? No hay por qué me empache.
Sabed que estos papeles y escrituras
Que traen el Atayfor y el Arabache
Son canto de sirena con dulzuras
Para os adormecer, porque os despache
El Rey á penas muertas y despecho,
Atinando estos dos á su provecho.»

«A su linaje y patria estos malvados
Han vendido, crueles y traidores,
Por precio vil de nueve mil ducados
Y ofertas de otras dádivas mayores;
Abrid, abrid los ojos, ¡oh enitados!
Y mudad los consejos en mejores;
Conservaos á sazón mas oportuna,
Que á osados favorece la fortuna.»

«Y si no os mueve orgullo ni esperanza
De alcanzar por las armas mejor suerte,
Muévaos la desventura y mala andanza
Que os amenazan con tragedia fuerte;
Sentencia es de Filipe sin mudanza
Que cuantos sois cabezas paseis muerte,
Y los demás poner al triste remo,
Mas que el mismo morir cruel extremo.»

«Esto espera la armada recogida
En Gibraltar, y a questo se pretende
Por la gente que armada y prevenida
La fraudulenta ejecución suspende;
Volved á renovar la ira encendida
Contra nación que á vuestro daño atiende,
Y á los que os venden, vuestros fuertes brazos
Hagan, como es razón, cien mil pedazos.»

Tuvieron las palabras y persona
Tal fuerza con el vulgo circunstante,
Que de otra cosa ya no se razona
Sino es de guerra cruda exorbitante;
Y como el fuego ardiente no perdona
A cosa que hallar pueda delante,
La furia popular, sin oír disculpa,
Trató los salvos de la impuesta culpa.

Verdad es que se tiene por muy cierto
Que el Atayfor, por tierra derribado,
Al natural fingió que estaba muerto,
Y así escapó del vulgo acelerado;
Como el raposo suele en el desierto
Tal vez al cazador dejar burlado,
Haciéndole entender que está sin vida
Hasta que el tiempo ve de la huida.

Viendo el Meliche que sus desconciertos
Iban ya produciendo tales veras,
Mandó que por lugares encubiertos
La gente marche y siga sus banderas;
En tanto que estos van por los desiertos,
El Duque tuvo nuevas verdaderas
Del poco efecto de la conveniencia,
Y dió á las armas otra vez licencia.

Mientras aquesta masa se juntaba,
Y otra en sierra de Istan ya se apareja,
Al de Arcos gran deseo le inclinaba
De ir á reconocer Sierra-Bermeja,
Y Calaluz su fuerza, un tiempo brava,
Causa de la incurable llaga vieja;
Y así, partió á la sorda de Casares
Con la gente de aquel y otros lugares.

Y marchó asegurando y descubriendo
Los pasos de la altísima montaña;
Prevenición cuerda, y que importante siendo,
El no hacella muchas veces daña.
Ya los despojos se iban pareciendo
De aquella mortandad fiera y extraña
Que destruyó la gente que traía
El par insigne de la Andalucía.

Uno el de Ureña, su materno abuelo,
Otro aquel de Aguilar, que también era
De su consorte cara bisabuelo,
Historia al mundo clara y verdadera;
Causaba horror, manilla y desconuelo
La vista aborrecible y lastimera
De huesos á que el hado y la ventura
Negaron la funebre sepultura.

Y tanto mas por ser de aquellos muertos
Nietos todos los mas y decendientes,
Y algunos dellos de la rota ciertos
Y de sus desastrados accidentes;
Tras esto, en la montaña tan expertos,
Que daban señas claras y evidentes
De todos los lugares desdichados,
Al Duque, antes de ser por el pisados.

En aquel sitio dieron lo primero
Donde la noche oscura tenebrosa
Hizo parar al fuerte caballero
Con la vanguardia osada y belicosa;
Peligroso y esquivo paradero,
Entre el pie de la sierra peñascosa
Y el moro alojamiento, y sin reparo,
Sino el valor del capitán preclaro.

Vianse infinidad de calaveras
De hombres, y huesos grandes de caballos,
Segun y donde y como las guerreras
Aventuras pudieron derribarlos;
Pedazos de armas, otro tiempo fieras,
Despojos de jaeces, que mirallos
Causaba compasión á la memoria,
Enternecida de la triste historia.

Más adelante estaban las señales
Del enemigo fuerte aportilladas,
Y de las impresiones desiguales
Del tiempo bajas ya y desbaratadas;
Referían algunos que oficiales
Y qué personas otras señaladas
En cada parte el alma habían rendido
Al impetu de Marte embravecido.

Contaban de qué modo y en qué parte
Los vencedores moros oprimía
El de Aguilar, de Cordoba estandarte,
Cuyo esfuerzo se canta cada día;
Narraban que, después que hecho un Marte,
A muchos á sus pies prostrado había,
Llegó el Feri, que había, por valiente,
Venido á ser cabeza preeminente.

Decían cómo habiendo combatido
Cuerpo á cuerpo entre dos fragosas peñas,
Ya de puro cansado y mal herido
Sintió el cristiano en sí mortales señas,
Y embistió con el moro, que perdido
Andaba ya de aliento entre las breñas,
Diciendo: «Don Alonso soy, y fuera
Vencedor si tan muerto no estuviera.»

«Si tú eres don Alonso, le responde,
Yo el Feri soy; y desta suerte andando,
Llegó la vida del cristiano adonde
Está la parca á todos esperando;
Al cuento el llanto amargo corresponde
De los que iban el caso relatando;
Lo mismo sucedía á los oyentes
Con dolorosas muestras y accidentes.»

Mas el buen General, porque la historia
Y pasos fuesen mas bien empleados,
Por los muertos mandó hacer memoria
Sobre aquellos peñascos encumbrados;
De todo corazón piden victoria
Con plegaria solene los soldados;
Que el lamentable objeto y remembranza
Les aumentó el deseo de venganza.

No acabaran el triste sentimiento
Tan presto, si el caudillo no mandara
Marchar, dejando allí gente de asiento,
Que el fuerte recibiera y conservara.
Había en la tierra grande movimiento;
Y así, un instante solo no repara,
Hasta llegar á Ronda, do se junta
La masa del ejército, y se apunta.

De todos los lugares circunstantes,
Y de otros apartados ocurrieron,
Hasta juntarse cuatro mil infantes
Que á la fama del caso se movieron;
Jinetes con las armas importantes
Junto á sus estandartes acudieron;
El Duque acaudillando esta compañía
Sale de la ciudad á la campaña.

El enemigo, ó viendo prevenido
El fuerte nuestro en la bermeja sierra,
O porque estando junto y mas unido
Su campo, mantendrá mejor la guerra,
En la sierra de Istan fortalecido,
Está haciendo estremecer la tierra;
El de Arcos se le acerca, y por la via
Hizo alto, y tomó muestra en la Fuenfria.

Donde un fuego se alzó con llama ardiente,
Que en cuidado metió el real cristiano;
Mas el Duque, sagaz y diligente,
Con buena industria lo atajó temprano;
Nunca se averiguó si alevemente
Se urdió el incendio, ó si de amiga mano
Fué algun descuido; calla aun hoy la fama
El autor ó principio desta llama.